

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

|| NO LO OLVIDE NI LO DEMORE ||

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4433 A. - BARCELONA

J. Horta impresor Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

25 Cts

N.º 275



**LA SEÑORITA
EMOCIONES**

POR
Antonio Moreno,
Bebé Daniels,
etc.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 275

La Señorita Emociones

Intrigante producción, interpretada por los
famosos artistas

BEBÉ DANIELS y ANTONIO MORENO

Es una película PARAMOUNT

Exclusiva de

PARAMOUNT FILMS, S. A.

(ANTES SELECCINE, S. A.)

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LILÍ DAMITA



LA SEÑORITA EMOCIONES

Argumento de la película

Una noche del año de gracia de 1906 en el tren expreso de Chicago a Nueva York, la esposa de Hilario Rand regresaba al hogar a esperar un acontecimiento, pero el acontecimiento se anticipó... Y en el mismo tren, la señora Rand se vió madre de una preciosa chiquilla... Su tía Verónica que le acompañaba y que no esperaba que las cosas fueran tan de prisa, dijo riendo, mientras acariciaba el cuerpo pequeñín del nuevo ser:

—¡Nacida a una velocidad de setenta millas por hora! ¡pobrecita! ¡será una víctima de las manías de vértigo y velocidad de este siglo!

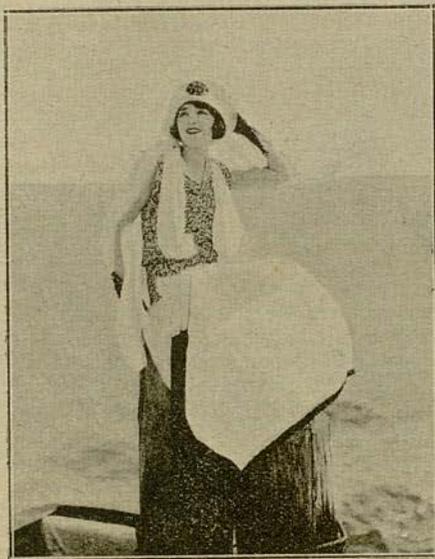
Y la tía Verónica estuvo en lo cierto. Transcurrieron veinte años, y Ronnie Rand, la niña que nació en el tren expreso continuó viviendo a una velocidad de setenta millas por hora.

Ronnie, a quien llamaban "La Señorita Emociones", encontraba la vida muy poco interesante y sólo se divertía cuando algún acontecimiento era capaz de ponerle los nervios de punta.

En la playa de la Florida donde pasaba temporada, Ronnie era conocida por su valor audaz y sus entusiasmos deportivos, llevados a una exageración sin límites. Donde había un peligro, algo impresionante y tremendo, allí estaba la señorita Emociones, dispuesta a ser la primera en arrollar todos los obstáculos y todos los temores. Cultivaba los de-

portes y no hallaba dificultad que no venciese. Y con audacia juvenil. Era el principal encanto de la playa.

Ronnie no había rehuido nunca una apuesta... y sus amigos se vanagloriaban de ello.



Era el principal encanto de la playa...

El sport de moda en las playas norteamericanas, consistía en mantenerse firme sobre una plancha de madera, amarrada por medio de una cuerda a un hidroplano, y seguir las evoluciones que el ave de los aires realizaba por el mar. Era difícil y peligroso sostenerse sobre el frágil madero, conservando el equilibrio a la velocidad extremada del hidrovión. Pero Ronnie, como una sirena moderna, co-

ría, se deslizaba sobre el fino oleaje del mar, cogiéndose a la cuerda, segura y majestuosa, mostrando su silueta fina recortada graciosamente por el traje de baño sobre la superficie azul.

Había apostado que haría un largo recorrido por la playa sin caerse... y estaba ya casi a punto de ganarlo si no fuera que una ola, enemiga de los deportes, dió una vuelta a la frágil embarcación en que iba la muchacha y ésta cayó al mar, impidiéndole seguir al hidroplano que continuó su marcha veloz.

Ronnie, por suerte, estaba ya junto a la costa y el percance no tuvo consecuencias.

Saltó a la playa, y la rodearon varios amigos y amigas, admiradores suyos que no la desamparaban un momento. Ronnie, envolviéndose en un alboroz, dijo:

—Otro día seré más afortunada, ¿verdad? ¡Es tan emocionante ese deporte!

—Pero, peligroso, querida mía — le respondió Herminia March que vivía de las emociones que su amiga Ronnie le proporcionaba.

—Si no hubiese peligros, ¿que sería de mí? ¡Qué existencia tan aburrida!

Su sonrisa feliz volvióse de pronto irónica y burlesca.

—¡Válganos Dios! ¡Allí tenemos a Rogelio Patton! — exclamó señalando a lo lejos.

Era Rogelio Patton, primo y novio de Ronnie, recién llegado de Londres, un muchacho de carácter completamente opuesto al suyo, tan tímido y sosegado que todo le acobardaba, tan apacible que odiaba todos los deportes y tenía para su salud los mismos cuidados que un anciano enfermo. Y un muchacho así, delicado, tan poquita cosa, ¡novio de Ronnie! ¡Era absurdo!

Sin embargo, los padres de Ronnie, se habían empeñado en realizar aquel casamiento. Les parecía que la boda de la muchacha con un chico tan bueno como Rogelio sería la salvación de Ronnie que sentaría la cabeza al verse casada con aquel bonachón.

Y Ronnie, muchachita que no sabía decir que no a sus padres, aceptó aquel novio, sin meditar en la trascendencia del casamiento.

Rogelio paseaba por la playa con un cochecito de mimbre que arrastraba un negro soñoliento. De pronto, el vehículo, chocó suavemente con otro coche



Ronnie estaba ya junto a la costa...

que iba en dirección contraria y Rogelio se alborotó:

—Por Dios, no corras mucho — ordenó al negro — No vayamos a sufrir alguna desgracia.

—No tenga miedo, señorito... Los choques son aquí insignificantes.

Y siguió arrastrando lentamente el coche, cuyo ocupante más bien parecía un vejete de los que toman el sol que un novio que iba a casarse la semana próxima.

Ronnie que había presenciado la escena, dijo con ironía a sus amigos:

—¿No le veis? Es indudable que hemos nacido el uno para el otro.

—Mira. Ya te ha visto... Viene hacia acá...

—¡Oh, va a ser mi marido!. El miércoles van a tocar la marcha nupcial en nuestro honor. ¡Es como para volverse loca de satisfacción!

—¡Y que lo digas!.

Un momento después, se presentó Rogelio, estirado, sonriente, pálido, pero quejándose de que el aire comenzaba a ser frío... Ronnie le miraba, entre sonriente y enfadada. Y el grupo de amigos se decía con significativas miradas si podía existir la felicidad entre aquellos dos seres tan opuestos.

—Pero, Ronnie... Vas a resfriarte. Mejor es que te vistas en seguida, ¿sabes?

—Sí, hombre, sí... ahora mismo...

Y luego, dirigiéndose a su amiga Herminia, Ronnie, agregó:

—Herminia, sacúdele las moscas para que no se lo coman mientras yo me visto...

Ronnie, desapareció, y el joven y almibarado pollo Rogelio quedó con varios amigos, esperando que volviese su novia para regresar con ella a casa.

Los padres de Ronnie Rand llevaban ya algunos meses en la Florida, sin duda para dar descanso a la policía de tráfico neoyorquina, librándola de su hija, un verdadero bolido.

Aquella tarde los señores Rand, conversaban con su administrador, Rackman, un viejo que había encanecido en su servicio, y con un sacerdote, antiguo amigo de la familia, sobre la próxima boda de la muchacha.

Esperaban que el matrimonio serviría para modificar el carácter bullanguero de la chica. Era como echar agua fría sobre un caldero hirviente. Rogelio Patton, el hombre de temperamento de hielo convenía para debilitar y atemperar el fuego de locuras, de emociones que ardía en el alma de la chiquilla. Y además aquel casamiento convenía indiscutiblemente por una circunstancia grave.

—Gracias a Dios que la boda de Ronnie es un

hecho — dijo la madre—. La boda se celebrará justamente en el plazo indicado en el testamento de tía Verónica...

—Y no se puede perder tiempo — dijo el administrador—. El testamento de tía Verónica dispone que Ronnie tiene que casarse antes de cumplir los veintiún años. Y el martes cumple esta edad...

—Pues no hay duda de que no debemos aplazar ni un momento la ceremonia... de lo contrario corremos riesgo de perder los dos millones de dólares de la herencia. Lo dice bien claro el testamento...

La señora Rand se levantó y seguida de sus amigos, fué a la caja de donde extrajo un legajo de papeles, escogiendo uno que leyó en alta voz:

"3.^a— A mi sobrina Ronnie Rand se le entregará la parte que le corresponde, si se casa cuando aun no haya cumplido veintiún años de edad, pues comprendo que, dado su carácter, necesita la protección de un marido. Si al llegar a los veintiún años sigue soltera, los dos millones de dólares que le corresponden pasarán a institutos de beneficencia."

—El momento se acerca... ¡Y quiera Dios que Ronnie sea feliz con este matrimonio!

La señora Rand volvió a guardar los documentos, pero su esposo, mirando los papeles que ella tenía en la manos exclamó:

—¡Es una verdadera imprudencia tener en casa Bonos del Tesoro! ¡Nos pueden robar!.

—¡Tienes razón.. Hemos de depositarlos en un Banco.

Della, una doncella "recomendable" que tenían los Rand desde su estancia en la Florida, había espionado los movimientos de los señores. Al oír el comentario sobre los valores, la criada sonrió con alegría... Todo salía a pedir de boca.

Mientras tanto, en la playa, la señorita Emociones había cambiado de traje y se presentaba de nuevo al grupo que rodeaba al delicado Rogelio Patton.

—Es muy tarde, Ronnie... Los papás nos esperarán... — dijo su novio.

—Tienes prisa, ¿eh?... Pues iremos a gran velocidad...

Dirigió la mirada a un cercano embarcadero y al verla, le dijo un joven que ocupaba una de las lanchas que allí había:

—Le apuesto quinientos dólares a que yo llego antes que usted a la otra orilla.

—Aceptado...

Y Ronnie saltó a su canot, cogiendo del brazo a Rogelio y obligándole a embarcar en él a pesar de sus protestas.

La otra canoa salió corriendo, deseosa de adelantar a la de Ronnie, pero la muchacha imprimió al motor toda la máxima velocidad, saliendo como una exhalación.

Rogelio, que al entrar en el canot, había perdido el equilibrio, cayendo al suelo, no podía ocultar su pánico...

—Loca... loca... esas malditas apuestas serán tu perdición... y la mía... ¿No ves que naufragaremos?...

—Tú te callas, futuro maridito...

Herminia y sus amigos, desde la playa, contemplaban curiosos, la carrera... ¡Pobrecito Rogelio! ¡Su novia iba a matarlo a disgustos!...

Pero la señorita Emociones se salió con la suya... Llegó a la otra orilla mucho antes que su rival. Saltó tranquilamente a tierra con la alegría que proporciona el triunfo. Su novio, mareado, desolado, se dispuso a dejar el canot. Pero éste, moviéndose con la fragilidad de su peso, no se adaptaba bien a la orilla, y al intentar saltar, Rogelio, no supo ganar la distancia que mediaba entre la embarcación y la playa, perdió el equilibrio, y vino a caer al agua.

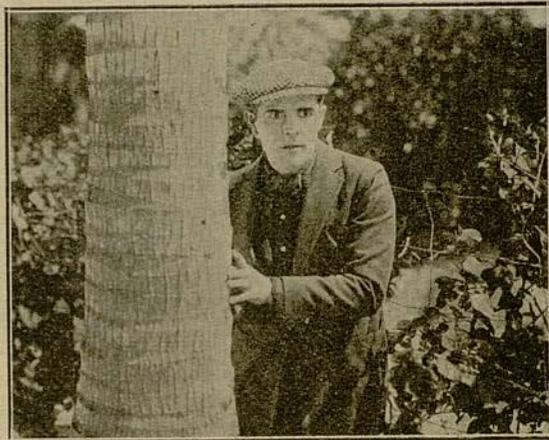
—¡Me ahogo... me ahogo... sálvame! — gritaba, desolado, Rogelio, moviendo desesperadamente los brazos...

—Pero... no temas — le gritó ella — sal... si el mar es aquí poco hondo...

—No, no... ¡adiós... me muero... adiós!

Ronnie, enfurecida sin saber qué camino tomar, iba a tirarse al agua para recoger a aquel infeliz, cuando apareció alguien que vino en su socorro.

Era Pierre Martel, un muchacho a quien gustaban otra clase de emociones más peligrosas, y que rodando por las cercanías de la playa, había visto, impresionado, la escenita.



...había visto impresionado la escenita.

Creyó que, efectivamente, aquel individuo se estaba ahogando, y, llevado de repente impulso, acudió a aquel lugar, y echóse al agua. Pronto recogió al joven que parecía más muerto que vivo y lo llevó junto a Ronnie.

—Aquí lo tiene usted — le dijo a la muchacha—. Supongo que habrá pasado el gran susto...

—¡Oh, es verdad, enorme... enorme!... — suspiraba Rogelio de frío... y de miedo.

Ronnie miró al audaz salvador, y sonriente, complacida, dijo:

—Gracias... muchas gracias...

Agradecía a este hombre su gesto generoso. Era un joven audaz, ¡diablo! No había vacilado en correr en socorro del tímido Rogelio. De buena gana, le hubiera recompensado con dinero, si lo llevase encima.

Pierre Martel quitóse la gorra y dijo:

—Muy complacido en haberles podido ser útil...

¡Adiós, señorita!...

Su mirada se cruzó con la de ella, pero la volvió a apartar con rapidez... Luego, desapareció, perdiéndose pronto, entre los parterres de un cercano jardín.

—Rogelio, hubieras tenido que darle las gracias... te ha salvado la vida...

—Perdona... pero... todavía tengo la impresión... en el cuerpo... Yo no sirvo... para esos trotes... ¡Atchis!

Y estornudó de modo ridículo, rociando a su novia con pequeñas gotitas...

Emprendieron el regreso a casa. Ronnie, malhumorada, diciéndose que su vida sería un tormento junto a un hombre como aquel. Y Rogelio, estornudaba a cada instante, procurando ahora con un pañuelo, evitar que ella sufriera las consecuencias del resfriado...

Al llegar a casa, Rogelio fué a su habitación... sus ropas estaban empapadas...

Ronnie se dejó caer en un diván. Estaba melancólica, pensativa...

—¿No le parece injusto que tenga que casarme con ese imbécil? — dijo al administrador, que se había sentado frente a ella.

—Tienes que hacerte cargo...

—No, no acabo de decidirme... ¡Prefiero perder los dos millones antes de casarme con él!

—Pero, criatura, ¿no tienes en cuenta la situación de tu padre? Tu padre necesita ese dinero... Si no te casas, no percibiréis los dos millones de dólares.

Ronnie movió la cabecita con pena.

—Por mi padre me casaré con Rogelio, pero es una lástima tener que casarme con ese adefesio...

Y mientras ellos hablaban, Della, la doncella de la casa, en el jardín, se entrevistaba con su novio Pierre Martel, el individuo que había salvado a Rogelio.



...estornudó de modo ridículo...

—¿Qué tal sigue la combinación de la caja de caudales? — preguntó él, que si se encontraba por allí era con el ánimo de espiar la casa.

—¡Ese es un asunto fácil! La familia va a cenar fuera esta noche y los criados también se irán... En la Caja tienen la mar de joyas y Bonos...

—¡Buen golpe se prepara!

—A las once abriré la puerta...

—No faltaré y ¡adiós, Della!...

Acarició su rostro, y Pierre desapareció... La "doncella" que formaba parte de una banda de ladrones, volvió al interior de la casa, soñando en el

robo nocturno. Sería una magnífica hazaña. Pierre Martel comenzaría bien su actuación en aquella sociedad de ladrones.



Si hemos de ser sinceros las cenas en el Club eran para Ronnie el colmo del aburrimiento.

Aquella noche, desde el Club, Ronnie se había dirigido acompañada del sacerdote amigo de los Rand a los barrios pobres de la ciudad.

Rogelio Patton, repuesto ya del susto de unas horas antes, había llegado al Círculo y preguntaba por la muchacha.

—Ha ido a dar un paseo con el Pastor — dijo la madre de Ronnie.

—Sí, el Pastor le habló en favor de algunas familias necesitadas de la aldea de pescadores y parece que ella quiere que les lluevan auxilios del cielo — añadió el señor Rand.

Y en efecto, nunca como en aquel momento, los socorros bajaban directamente del cielo. Ronnie con el Pastor y el piloto habían ido en hidroplano a volar sobre el barrio pobre, dejando caer desde bastante altura a las pobres gentes, importante cantidad de alimentos.

El sacerdote estaba horrorizado... Pero se resignaba en aras del amor al prójimo.

Luego, tomaron tierra, y personalmente fueron a entregar a las pobres gentes nuevos donativos. Ante la alegría de aquella pobre gente dijo Ronnie al Pastor:

—Me avergüenzo de que no haya sido la caridad lo que me ha impulsado a hacer esto, sino el deseo de hacer algo original y emocionante.

Todo lo extraño, emocionante e insólito, seducía a Ronnie... Y ahora al ir a remontarse de nuevo por el espacio azul, pidió al piloto, le dejase guiar la nave.

—Pero, señorita... usted no tiene la suficiente experiencia.

—¿Qué sabe usted? No es la primera vez que guio un avión, señor mío...

Y empuñó la dirección de la nave que comenzó a volar ágil y esbelta bajo el azul nocturno.

Entretanto, una banda de malhechores tan misteriosa como tristemente célebre, había proyectado un robo para aquella noche en la casa del matrimonio Rand, y Martel y Della eran los encargados de dar el golpe.

La casa estaba desierta. Della franqueó la entrada a su novio, Pierre Martel.

—No olvides que esta es la primera vez que tomo parte en un "negocio" con los de tu banda — dijo él—. Si me sale bien, me codearé con el Caballerito Eddie. Si me sale mal... ¡no me volverás a ver!

—Ten confianza que todo irá según nuestros deseos... Puedes entrar...

Fueron con la tranquilidad de dos personas que creen no ser sorprendidas, al despacho, y Martel comenzó a trabajar ante la caja de caudales, procurando descubrir su secreto. Después de algunas tentativas infructuosas, logró abrir la caja. Contemplaron emocionados las joyas y los billetes que estaban depositados en ella. Pero de pronto, Della, aguzó el oído y salió al balcón...

—La señorita está ya de regreso — dijo a su novio, al ver un hidroplano que iba a amarar en la vecina playa.

—Pues no perdamos tiempo — respondió Martel, mientras se llenaba los bolsillos de aquellos objetos de valor.

Pero instantáneamente, vieron al avión descender como herido por un rayo y hacerse astillas y fuego, estrellándose contra los árboles del jardín, frente a la misma casa.

Inconscientemente corrieron a auxiliar a las víctimas, y Martel, olvidando por un momento que había entrado allí para robar, levantó a Ronnie que aparecía desvanecida y la llevó al interior de la casa, dejándola cariñosamente sobre un diván. La

contempló con curiosidad y se turbó al reconocer a la muchacha que había visto unas horas antes.

El sacerdote y el piloto, aunque magullados, pudieron entrar en la casa por su propio pie y rodearon también a Ronnie que, a pesar de los cariñosos cuidados del ladrón y de la doncella, no volvía en sí.

—Hay que llamar a un doctor por teléfono en seguida — advirtió el Pastor.

Y Della, aturdida, sin parar mientes en la inmensa responsabilidad que tenía quedándose allí con Pierre, telefonó al Club advirtiendo a los padres de Ronnie lo que ocurría. Era necesario mandar un médico cuanto antes.

Ronnie, pálida, amarillenta, conmocionada por el terrible golpe, no volvía en sí.

—Esta chica se está muriendo — comentó el piloto.

Ronnie abrió penosamente los ojos y exclamó con una voz que era un suspiro:

—¿Muriendo?

Y moviendo la cabeza, agregó, mirando al Pastor:

—Tengo, pues, que casarme...

—Ya comprendo... — dijo el cura, cariñoso—.

¿Con Rogelio Patton?

—No hay que... perder tiempo... Con cualquiera... El testamento de la tía Verónica...

En su imaginación, atontada por el golpe, bullían confusamente los pensamientos. Se sentía morir, había oído además que se moría... Y muriendo soltera, sus padres perdían aquellos dos millones de herencia de la tía Verónica. ¡Era necesario casarse, ahora mismo, sin perder un minuto!...

—No pienses en esto, Ronnie — dijo el sacerdote...

—¡Es preciso!... Prometí a mi padre...

Su cabeza se alzó ligeramente para buscar la persona que pudiera casarse. Miró al piloto, pero éste, respondió acongojado:

—Estoy casado...

Luego, Ronnie, dirigió la vista a Martel... Igno-

raba qué hacía allí aquel hombre, pero en aquel instante, lo consideraba el marido necesario.

—Usted, usted... ¿se quiere casar conmigo?...

Mas, Della, mujer ardiente, enamorada ciegamente de Martel, avanzó y dijo:

—Este hombre es mi novio, señorita... y es mío...

—Della — respondió la muchacha, con voz dulce—, me estoy muriendo... Será mi marido por pocos instantes... Mi padre te lo... recompensará...

Ella, inclinó la cabeza... ¡Si no había otro remedio!... Y Martel, arrodillándose ante Ronnie, exclamó con acento conmovido, en que parecía vibrar un poco de amor.

—Estoy conforme... ¡Me casaré con usted!...

—Gracias... y pronto... ¡por favor!...

Había reconocido en aquel muchacho al salvador de Rogelio y le creía todo un caballero.

Miró al sacerdote quien, ante la urgencia del caso, no vaciló en aceptar aquella proposición de matrimonio.

—Para un casamiento en estas circunstancias no es necesaria, según la ley de este Estado, la licencia — dijo.

Rezó varias oraciones, les bendijo y murmuró:

—Os declaro unidos con los sagrados lazos del matrimonio...

Martel, verdaderamente conmovido, besó las manos de su esposa... ¡una moribunda!

Ronnie volvió a desvanecerse.

—Brava muchacha — exclamó el cura—. Vamos a completar lo que ella ha hecho.

Y el sacerdote extendió el acta del casamiento que firmó también el piloto como testigo. Martel se apoderó tranquilamente de aquel documento.

En aquel instante entraron los padres de Ronnie, Rogelio, un médico y el administrador. Todos corrieron hacia ella prodigándole sus ternuras.

El doctor examinó a la muchacha y exclamó:

—No puede decirse nada todavía... Traigan una copita de coñac.

El padre de Ronnie. dirigió la vista por la habitación, y al ver a Martel preguntó:

—¿Quién es usted?

—Soy su yerno... — respondió el aludido con frescura.

Della estaba junto a él, como si pretendiese librarle de cualquier peligro.



—Estoy conforme... Me casaré con usted...

—No hubo otro remedio... Hemos tenido que casarles... ella se moría... — explicó el Pastor.

Pero a la sorpresa de Mr. Rand sucedió la indignación al ver que Martel vaciando los bolsillos, dejaba caer sobre la mesa numerosas joyas y papeles de valor.

—Me parece que ya no me hace falta que me lleve estos recuerdos — dijo el ladrón con voz tranquila y dura.

—Pero... usted... usted ¿vino aquí a robar?

Miró la caja abierta, y la desesperación de todos

no tuvo límites al comprender la realidad. Pero Martel, empuñando un revólver y seguido de Della, gritó, guardándose en un bolsillo el certificado de casamiento:

—Este documento servirá para que no me hagan ustedes una trastada... Volveré luego para hablar de negocios...

Y desapareció prestamente, después de haber dado una última mirada a Ronnie.

Los Rand y sus amigos quedaron asombrados, como si vieran algo absurdo. ¡Y Della era cómplice de aquel miserable!

—¡Mi hija casada con un ladrón! — gimió el padre...

Y Ronnie, la señorita Emociones, abriendo otra vez los ojos, repitió con un suspiro:

—¿Con un ladrón?... ¡Qué interesante!

Y como si esta noticia fuera algo delicioso, la joven pareció recobrar poco a poco las fuerzas.

—¡Está salvada! — dijo el médico.

Los Rand, cabizbajos, no acertaban a decir palabra... ¡Su hija casada con un ladrón!... Rogelio, Rogelio, ¡qué cosa tan absurda!... Y el pobre novio maldecía su mala estrella... De encontrarse allí antes, sería el esposo de Ronnie. ¡Ella casada legalmente con un bandido! ¡Horror!

E. Warren, a quien se le conocía por el nombre de "El Caballerito Eddie", el jefe de la banda de ladrones a que pertenecía Della y en la que pensaba ingresar Pierre Martel, tenía abiertas sus oficinas en una vecindad que estaba por encima de toda sospecha. En un barrio de lujo. Ocultaba sus misteriosos negocios bajo la placa comercial de "Compañía de Fincas Rústicas". Sus principales colaboradores eran Florencio Marvin, alias "Centella", y Luis Kerpick, apodado "El Estrangulador", el miembro de la firma más experto en la apertura de cajas de caudales.

La encargada de abrir y cerrar la puerta del despacho era la señorita Files que también pertenecía a la firma.

La policía, perseguía en vano a esta banda sin haber podido dar con su madriguera.

Al día siguiente del casamiento de Martel con la hija de Rand, el ladrón y Della se presentaron ante el jefe de la cuadrilla, "El Caballerito Eddie".

Martel explicó lo ocurrido la anterior noche.

—Tuve que dejar las joyas y collares, pero me apoderé de algo que vale mucho más que todo eso.

Les mostró el certificado de matrimonio, y dijo:

—Con este documento, se puede ir allá, en cualquier momento, a recoger fondos. Ellos querrán que yo pida el divorcio y nos haremos pagar una buena cantidad por mi rescate... Caballeros, ¿qué les parece mi plan? ¿He adquirido con esto méritos para que se me nombre socio de la firma?

Todos aprobaron con la cabeza. ¡Aquel muchacho parecía un buen elemento!

—Desde este momento queda usted nombrado miembro del Consejo de Administración... Pero no olvide, joven, que aquí se reparte todo siempre a partes iguales — dijo el jefe.

—Tan pronto haya percibido dinero, lo tendrán ustedes...

Y Martel, desde aquel instante, fué uno de los miembros más activos de la sociedad. Su amiga Della estaba algo disgustada, sentía celos contra Ronnie... Era necesario cobrar de ésta y divorciarse... Excusaba la boda de su amigo. No hubo otro remedio para librarse de toda sospecha.

—¿Cuándo crees tú que podremos cobrar? — le dijo al siguiente día, Della, en presencia de toda la banda.

—Dentro de ocho o diez días... Esta mañana me han dicho que mi mujer no tiene más que una ligera conmoción...

—La conmoción va a ser grave cuando ella se dé cuenta de que está casado contigo... Por esto, se impone un buen rescate...

—Lo tendremos...

—Y luego no te casas con nadie más, ¿entiendes? ¡Tú eres mío... y sólo mío!

Y con amor de apache se abrazó a él... Todos rieron... ¡Esa Della! ¡Cómo adoraba a su hombre, a Pierre Martel!

**

Hasta la convalecencia de Ronnie tuvo algo de emocionante. Al enterarse de que se había casado con un ladrón, con el mismo hombre que salvó a Rogelio, su emoción fué enorme. Se veía complicada en una gran aventura que colmaría su sed delirante de cosas extraordinarias.

Sus padres estaban dispuestos a comprar la libertad de su hija al precio que fuera. Comprendían el gesto magnánimo de Ronnie al sacrificarse para que ellos pudieran percibir la herencia, y deseaban rescatar a la generosa víctima.

Pero Ronnie, espíritu alocado, había querido tener una entrevista con su marido.

—Esta noche mi marido vendrá a verme... — dijo a Herminia Marhs—. Estoy preparándome para la vida de casada.

Arreglaba el cuarto con coquetería, entusiasmada por la extraña aventura. Su marido era un ladrón, ¡pero tan simpático!

Aquella noche, Pierre se despidió de los compañeros de la banda, para ir a la entrevista que le había concedido Ronnie.

—No pierdas de vista a ese chico — dijo Eddie a Della—. Nadie sabe lo que puede pasarle con la dama esa de marras.

—Descuida... que si no deja pronto a Martel y no suelta la pasta, me encargo yo de ella —respondió Della, furiosa, al marcharse.

—¡Della no es de las que se dejan quitar a su hombre tan fácilmente — comentó Centella riendo.

Poco después, Martel llegaba a casa de los Rand, seguido de Della que espiaba sus pasos, siendo recibido por el administrador, quien con cortés palabra le dijo:

—Como usted no ignora, un divorcio puede obtenerse en el Estado de Florida por abandono del

hogar conyugal... Si está usted conforme en marcharse de aquí por un año y firma usted un documento renunciando a toda clase de reclamaciones le entregaremos cincuenta mil dólares...

El ladrón sonrió... Iba a contestar cuando apareció Herminia y dijo a Martel:

—Ronnie desea verle a usted antes de que cierre el trato...

—¿Mi mujer?... Voy allá...

Y siguió a Herminia, subiendo por la escalera a las habitaciones de la joven.

El administrador, aturdido, llamó a los padres y a Rogelio, quienes corrieron al cuarto de Ronnie, para llamar desafortadamente a la puerta.

Pero, antes de llegar, ya Pierre Martel había entrado en la habitación donde se encontraba su esposa. Herminia le había guiado hasta la puerta. Los Rand siguieron pegando furiosos golpes, deseando impedir aquella peligrosa entrevista.

Ronnie abrió la puerta y rogó a sus padres le permitieran hablar un momento con su marido... Y ellos, resignados, aceptaron, permaneciendo junto a la habitación, temerosos de lo que pudiera resultar de la conferencia.

Marido y mujer a quienes el destino había unido de tan extraño modo, se miraron frente a frente, como si se viesan por primera vez. Martel, cínico, sonriente, exclamó:

—Perdona, mujercita... pero no estoy acostumbrado a estas visitas de sociedad.

—¿Tiene usted miedo? — le preguntó ella, deseosa de penetrar en el corazón de su esposo.

—¿Miedo yo? ¡No le tengo miedo ni a mi mujer!

—¡Lo creo!

El se paseaba tranquilamente, y Ronnie, a quien aquel hombre le había resultado tan simpático desde el primer día que le vió — ¡lástima que fuese ladrón! — intentó regenerarlo.

—¿Por qué no cambia usted de oficio? ¿No le gustaría ser honrado?...

—Mira, mujer, no pretendas reformarme... Todos

los peritos en esta materia me han desahuciado... Y bien mirado, ¿por qué ha de preocuparte a ti mi futuro?

—Después de todo... eres mi marido — dijo tu-teándole con emoción.

—Eso de llamarme marido también sobra... Tú y yo no somos más que dos buques que se encuentran en el mar... y cada cual sigue su camino...

Martel vió de pronto un retrato de su esposa, quitó el marco y lo guardó cuidadosamente en el bolsillo.

Quedó Ronnie paralizada por la sorpresa. Si tan poco le interesaba ella, ¿por qué cogía el retrato?

—Yo imaginaba que eras un ladrón más decente y que en las visitas no robabas nada...

—Según y como... Supongo que no tendrás inconveniente en que me guarde tu retrato... Así me acordaré de la cara que tenía mi primera mujer...

Ronnie, despechada, se sentó ante una mesa, extendió un cheque y lo entregó al ladrón. Eran cincuenta mil dólares.

—Ten... aquí tienes tu dinero, comprendo que quieres libertad... estás en tu derecho...

Una sonrisa helada se dibujó en los labios de Martel. Cogió el cheque y lo rompió en pequeños pedazos.

—Tú me has tomado por otro... Yo no quiero tu cheque...

Y como si aquel gesto le hubiera ofendido, abrió la puerta y pasó entre los padres y amigos de Ronnie que le miraron con estupor.

Ronnie, aturdida por el insólito gesto de dignidad del ladrón, cerró con llave la puerta. Estaba preocupada... Y en aquel instante, entró por una ventana baja, la antigua doncella Della, que oculta tras un mirador había escuchado la conversación entre Martel y su mujer.

—¿Se ha propuesto usted que Pierre me dé el esquinazo? — gritó—. Andese con tiento, no vaya a salirle la criada respondona. ¿De modo que coqueteos con él?

Sorprendida Ronnie por la presencia de la criada, quiso excusarse. Aquella muchacha cómplice del ladrón, hacia aun más interesante la aventura.

—Antes de que usted se metiese en mis asuntos, Pierre era mi futuro— siguió diciendo Della.

—Della, yo no he hecho más que ayudarle...

—Ayudas de estas son las que mantienen ocupado todo el tiempo a Luis "El Estrangulador"...

Ronnie calló. Y Della, después de meditar un momento, escribió algo en un papel, se lo entregó y dijo:

—Si quiere usted que a Pierre no le suceda algo grave, dése prisa a impedirlo... En estas señas le encontrará usted esta noche.

Y dándole una mirada de desprecio, salió por donde había venido. Pero Ronnie estaba contenta. ¡Qué de emociones en un momento! ¡Vaya si iría aquella noche! Nada diría a su familia... Su ansia de aventuras iba a coronarse con aquellas horas extraordinarias... Se creía una heroína...

Abrió la puerta y se reunió con los suyos y explicó a su modo lo sucedido. No había ocurrido nada... nada. El marido había rechazado el cheque.



Aquella noche, Pierre Martel, explicaba su conducta a su jefe "El Caballerito Eddie". Este se encontraba sentado en su despacho con su cómplice "Centella".

—Aquellos amigos me ofrecieron cincuenta mil dólares, pero yo no quiero aceptar menos de cien mil...

A Eddie, la tardanza en recibir dinero, comenzaba a escamarle... Aquel Martel, ¿les iba a vender?... Enamorado tal vez de la que la casualidad hizo su esposa, ¿se olvidaría de cumplir sus compromisos?

—¿Qué os parece que busque un empleo "decente" mientras espero a que ellos se decidan a soltar la plata? — dijo Pierre.

Eddie hojeaba un pequeño libro que Martel se

acercó a mirar. Pero el jefe, cerrándolo, le atajó con voz dura:

—Amigo... en este libro no pone las narices más que este cura...

Y lo guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Ah, perdona...

Della estaba en un rincón de la estancia, hablando con la señorita Files a la que dijo en voz baja:

—Ya verás cómo arreglo yo a ese vampiro de salón. Lo tengo todo preparado para cuando ella llegue aquí esta noche.

Files abandonó la casa. Martel acercóse a Della y le dijo:

—Es muy fácil que éstos me consigan un empleo "decente" en Palm Beach mientras los Rand se deciden a soltar la mosca.

—No me parece que van a tardar mucho en soltarla — contestó ella, agresiva.

Salieron los dos, después de saludar a Eddie y a "Centella". Pero en el despacho contiguo, Della, arrancándose la careta del disimulo, dijo:

—¿De modo y manera que la señorita Emociones te está gustando?

—No seas boba... — dijo él, riendo.

—Pronto veremos quien es la boba... ¡Ella o yo!... Pierre, vo os ví anoche... Sé que rompiste el cheque... Que te quedaste un retrato. Sigue mi consejo si quieres conservar la salud. Esos pajarros son capaces de hacer cualquier barbaridad para soltarle con la suya.

Y señaló la pieza cercana. En aquel instante llamaron, y abrió Della, apareciendo la figura delicada de Ronnie. Esta, contempló admirada a la antigua doncella. ¿Qué hacía allí?

Della, sonriente, dió vuelta a la llave, y la echó por una mirilla, al exterior. Martel, sorprendido, anhelante, acercóse a su mujer. ¿A qué había venido?

—Della me dijo que viniese aquí — contestó la muchacha.

—Sí — respondió Della—; es que quiero hablar

dos palabras a solas con ella sin que nadie nos moleste... ¡Me las ha de pagar, por Cristo!

Las dos mujeres se miraron frente a frente. Ronnie adivinó en los ojos de Della un odio feroz terrible.

Martel, temiendo por la suerte de su esposa, cogió



—Della me dijo que viniese aquí...

el teléfono e intentó pedir comunicación. Pero Della dándose cuenta de la maniobra, disimuladamente cortó con unas tijeras el cordón telefónico...

Martel descubrió el ardid de la celosa, y comprendiendo que era necesario actuar con rapidez, se abalanzó sobre Della, impidiéndole realizar ningún movimiento.

Ronnie quedó sorprendida, pero instantáneamente adivinó que su marido se convertía en protector suyo contra los odios de la otra. Y acudió en su auxilio, tapando con un pañuelo la boca de Della para que ésta no pudiese gritar.

En vano Della intentó defenderse, pero no pudo resistir la furiosa acometida de los dos.

Encerraron a Della en un cuarto contiguo. Ronnie estaba admirada. ¡Aquel ladrón, aquel mal hombre, defendiéndola tan bellamente! ¡Era cosa de novela!



...tapando con un pañuelo la boca de Della...

—No hay tiempo que perder — dijo a Ronnie —. Tengo que sacarte de este nido de buitres cuanto antes. Has hecho una locura viniendo aquí.

—¡Qué emocionante! — dijo Ronnie, alborozada. Para ella no existía otra cosa que las situaciones de peligro. Y aquel ladrón, aquel Martel, iba seduciendo su alma. ¡Era su marido, su salvador, su héroe! ¡Admirable!

—No hay duda de que eres una mujer que no se acobarda tan fácilmente... Pero tú no conoces a esos chacales... Mira, voy a llamarles... Están en esa habitación... Finge que eres una amiga mía y que

Della nos cerró la puerta para darnos una broma...

—Perfectamente...

—Y si abren la puerta, vete al primer teléfono que encuentres y avisa a la policía.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? — dijo Ronnie, deseando que él no estuviera en peligro.

—Si mandas el aviso no te preocupes de mí...

En el despacho contiguo, Eddie y "Centella" hablaban de los varios "negocios" que tenían por el momento entre manos. Por dos veces les pareció oír rumores alarmantes en la habitación contigua, pero no hicieron caso... ¡Tonterías!... Y de pronto, abrióse la puerta y apareció en el marco Pierre Martel, quien dijo:

—¿Tiene alguno de ustedes una llave? Della nos ha dejado encerrados...

Eddie y "Centellas" se acercaron. ¡Qué raro era todo aquello!... ¿Y qué significaba la presencia de aquella mujer desconocida?

—Es la señorita Morrison, una amiga de la infancia — agregó Martel...

—¡Ah!

"Centella" se acercó a Ronnie que seguía conservando su imperturbable tranquilidad y la acarició el rostro. Luego, dijo a Eddie.

—¿Te sorprende ahora que Della tenga celos?

—No, porque esta muchacha vale... mucho...

Pero de pronto Martel empuñó un revólver y dispuesto a jugarse el todo por el todo, gritó:

—Abrid la puerta... ¡en el acto!

—¡Ah, nos vendes! — rugió Eddie — ¡Traidor!

—¡Abre o te mato!...

Ronnie, junto a Martel, se sentía protegida, y llena de emoción. ¡Las historias que podría contar a sus amistades!

"Centella" abrió, y en aquel instante, apareció Luis "El Estrangulador" quien cogiendo desprevenido a Martel, revólver en mano, le obligó a rendirse.

—He llegado oportuno, ¡demonio!...

Amordazaron a Martel, después de quitarle el ar-

ma... Luis "El Estrangulador" con los brazos alrededor del cuello de Pierre parecía querer quitarle la vida.

—Con que nos querías traicionar, ¿eh?

Mientras le amarraba fuertemente, Martel dijo:

—No sé por qué se me figura que esta va a ser la última vez que lleve corbata.

—Te equivocas — rugió Luis — Vas a llevar una corbata que te apretará más que ésta.

—Luis, llama a los tuyos, que pronto va a haber aquí uno menos — gritó Eddie.

Luis desapareció.

"Centella" entretanto, junto a Ronnie, pretendía acariciarla... Hermosa muchacha, a fe. ¿De dónde la habría sacado Martel?

Pero los dos cómplices se alejaron un momento para conferenciar. Y Ronnie, sacóse de debajo la falda, una pistola de marfil, y la entregó a su amigo.

—¡Arriba las manos! — gritó Pierre empuñando la pistola que apenas podía sostener entre las espaldas que le oprimían.

Los dos apaches obedecieron.

—Ahora darme las pistolas... Y tú, "Caballerito Eddie", quítate la chaqueta y ponla encima de la mesa...

—¡No quiero! — rugió el jefe.

—¿Que no quieres?

Y la pistola disparó... Y manó sangre del brazo herido de Eddie.

—¡Ah, maldito!... aquí tienes la chaqueta... ¡traidor!...

Se despojó de aquella prenda, que Martel cogió y buscó en los bolsillos la libreta que Eddie había guardado antes.

Estaban ya acorralados, cuando llamaron a la puerta.

—¡Debe ser Luis el "Estrangulador"! — gritó Martel—. Ronnie, arrímate a la pared junto a la puerta, todo lo que puedas para que no te vean... Vamos a apagar la luz...

Ella obedeció...

--Cuando lleguen tú procuras huir... Yo me reuniré contigo más tarde...

Se oía el rumor de los que pretendían entrar... Ronnie, emocionada, murmuró dulcemente junto a su marido.

--Te quiero, Pierre...

--¡Buena está ahora la cosa para andarse haciendo el amor! -- dijo él, sonriendo.

--Te quiero, Pierre, te quiero...

--Yo también te quiero, Ronnie -- murmuró Martel, dejando escapar su secreto--. Te he querido desde el mismo día en que te conocí y porque te quiero, lucho contra esta gente... Y por ti abandonaré esta vida...

Pero la puerta se abrió finalmente y entró una nube de hombres arrollándolo todo. Entre ellos estaba el señor Rand que, al descubrir en el cuarto de su hija, el papel con las señas que había dejado Della, corrió a avisar a la policía.

Unos guardias habían detenido a Martel, mientras otros se hacían cargo de Eddie y de "Centella".

--Papá, no permitas que se lleven... a Martel. Luchó con todos ellos para salvarme... -- dijo Ronnie, emocionada.

Un inspector entró en el despacho y se dirigió resueltamente a Martel, diciéndole sorprendido:

--¿Qué significan estas esposas, Rossiter?

--Se las quitó en el acto, ante la sorpresa de Rand y de su hija.

--Estas son las pruebas que yo quería--dijo alegremente Pierre al verse libre--. He aquí la libreta en la que consta la relación de sus delitos y el nombre de los miembros asociados. Ahora los tenemos en el garlito...

En aquel instante llegaba Luis "El Estrangulador", la señorita Files y el resto de la banda, y todos fueron hechos prisioneros por la policía.

--¡Oh, ha sido un golpe maravilloso, señor Rossiter!--dijo el inspector, conmovido.

--Pero, entonces, él... no es un ladrón...--murmuró Ronnie, desalentada.

--Ni pensarlo, señorita... Es Pedro Rossiter, Pedro Martel Rossiter, de Charlestown. ¡Un gran muchacho!...

Pierre sonreía contemplando a su esposa. ¡Qué sorpresa! ¿verdad? El señor Rand no salía de su asombro... ¡El marido de su hija, era una persona honrada! ¡Estupendo!

Pero Ronnie no parecía ser de la misma opinión...

--¿De modo que no es un ladrón, sino un vulgar detective?--comentó.

--No lo crea usted tan vulgar, señorita... Es hijo de una de las mejores familias de Charlestown... Estos granujas fueron la perdición de un amigo suyo y él juró aniquilar a toda la banda...--agregó el policía.

Martel, en medio de la sala, contemplaba a sus enemigos, vencidos. Mirando a Eddie, le dijo con profundo desprecio:

--Lo que hiciste con el hombre más bueno y leal del mundo, no lo pagas con ir a presidio por toda la vida.

Eddie se encogió de hombros. ¡Ah, cómo les había enredado aquel Martel!

Ronnie, desilusionada, murmuró a su padre:

--¡Cómo se ha burlado este hombre de mí!... ¡Le aborrezco!... Vámonos...

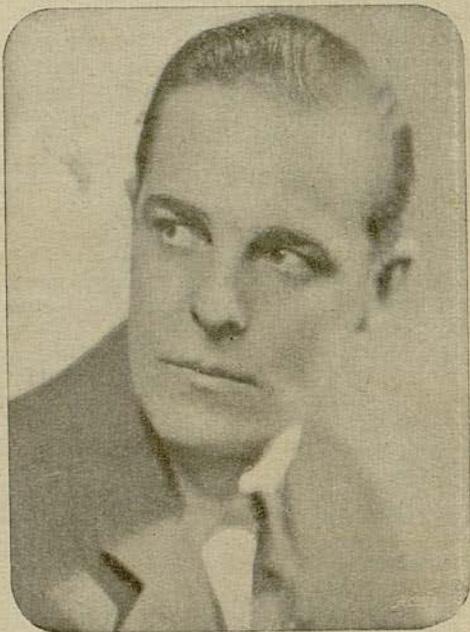
Y sin atender a razones, seguida del señor Rand, salió de la guarida. Martel la contempló dulcemente.

Cuando la policía abandonó la casa, custodiando a los presos, Martel puso en libertad a Della, la criada que llevaba largo rato amordazada en el cuartiguero, y le dijo:

--Della... Voy a facilitarte la oportunidad de escapar de la policía y reformar tu vida... ¡Márchate!... Ya que tú me has querido, yo te daré la libertad.

Le entregó dinero, y Della, avergonzada, sabedora de que sus cómplices estaban detenidos, tuvo que

resignarse a perder a Martel... ¡Gracias que no la metía en la cárcel!... ¡Sí, sí, ella probaría de regenerarse, de vivir otra vida... pero seguiría amando



Martel la contempló...

a Martel en silencio... y muy lejos de él! ¡Qué desilusión la suya!... Haber sido engañada así. Martel, un enemigo, un policía.

**

Y al día siguiente, cuando en casa de los Rand reinaba una indescriptible alegría al enterarse de que

el marido de Ronnie era un muchacho rico y bueno, Pedro Martel se presentó en aquel hogar y habló con Herminia Marsh, la inseparable compañera de Ronnie.

—Quiero decirle a Ronnie que me falta valor para... casarme con ella... Es demasiado inquieta...

Y entró en la salita donde se encontraba Ronnie ligeramente indispueta por el disgusto.

¡Ella, la señorita Emociones, que creyóse casada con un ladrón, resultar esposa de un buen hijo de familia! ¡Qué vulgar!

—¿Cómo se atreve usted a venir aquí?—le dijo.

Y Martel, a la vista de la muchacha, al admirarla tan bella y deliciosa, se acordó de que era su esposa ante Dios.

—He venido, porque estamos casados, ¿sabe?

—Es que usted no es mi marido... Usted es un señor que se prestó a ayudarme en un buen negocio... ¡Nada más!

—¡Ay, Ronnie! ¡Qué mala memoria tienes! ¿No me dijiste que me querías?...

—¿Quererle yo a usted, cuando me engañó dándome a entender que por mí abandonaría la mala vida? ¿Cómo podía usted abandonar la mala vida, si nunca fué malo?

—Malo o bueno, tú me quieres, Ronnie... Y no es cosa que ahora riñamos... Chiquilla, acuérdate. ¿No ha sido todo milagroso en nuestro amor? ¡Has satisfecho tu sed de aventuras!... Me tomaste por un héroe, y te resultó un maridito enamorado... ¿Qué quieres más?... Te amo, Ronnie...

Ella se conmovió... ¿Verdad? ¿Verdad?... ¡Dichoso anhelo de emociones que le había traído el amor, dichoso anhelo!

Y se reclinó junto a su marido... Llegóse a ella el señor Rand, quien sonriente al ver a los esposos, preguntó:

—¿Te encuentras ya bien, Ronnie?

—Sí, papá... Estoy mejor que nunca...—respondió acariciándole... y mirando con ojos dulces, llenos de

amor, a su marido...—. El me quiere... y yo he comprendido por fin la verdad: es digno de mí y de vosotros...

FIN

Próximo número:

DE CARBONERO A GRAN SEÑOR

por MARIE PREVOST, MATT MOORE, etc.

¡EXITAZO DE GRACIA!

Postal-fotografía-regalo: Claude Gillingwater

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !

Lea usted

**UNA YANQUI EN
LA ARGENTINA**

por Gloria Swanson y Antonio Moreno

Los Grandes Filmas
de

La Novela Semanal Cinematográfica